

Relatos para imaginar

Alain Martín Molina



Cuentometrajes 8

Liburuaren Eguna ospatzeko egindako argitalpena
Edición realizada con motivo del Día del Libro

Relatos para imaginar

Alain Martín Molina

CUENTOMETRAJES 8

Santurtziko Udal Liburutegi Sarea
Red de Bibliotecas Municipales de Santurtzi

*Edita: Santurtziko Udala
Ayuntamiento de Santurtzi
Bizkaia*

© Santurtziko Udala. Ayuntamiento de Santurtzi

Edición: Enrique Bernaola

Impresión: Imprenta Berekintza, S.L.

D.L.: BI-1008-09

1616ko apirilaren 23an Cervantes, Shakespeare eta Garcilaso de la Vega “El Inca” hil ziren. Hori dela-eta, UNESCOren Biltzar Nagusiak literatura unibertsalerako hain esanguratsua den egun hori aukeratu zuen liburu eta idazleei mundu mailako omenaldia egiteko, eta horrez gain, denak, gazteak bereziki, irakurtzearen plazera zer den ezagutzera bultzatzeko.

Ekimen honekin bat egin nahian, Liburutegi Sareko irakurleek Ipuinmetraiak bildumaren ale bat eskuratzeko aukera izango dute. Ipuinmetraia bilduma Santurtziko idazleek eginiko lanek osatzen dute, eta bertan Santurtzi herriarekin lotura duten gaiak azaltzen dira. Plazer handia da niretzat 8. ale honetan “Relatos para imaginar” lana aurkeztea. Literatur lan hau Alain Martin Molina santurtziarrak idatzi du, idazle gaztea bera, baina ez hasiberria. Espero dut irakurgai gozatzea.

El 23 de abril de 1616 fallecían Cervantes, Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega. Por este motivo, esta fecha tan simbólica para la literatura universal fue la escogida por la Conferencia General de la UNESCO para rendir un homenaje mundial al libro y sus autores, y alentar a todos, en particular a los más jóvenes, a descubrir el placer de la lectura.

Como contribución a este propósito la Red de Bibliotecas obsequia este día a sus lectores con una publicación de su colección “Cuentometrajes” dedicada a temas y autores locales. Es un placer para mí presentaros en este número 8 los “Relatos para imaginar” del joven, aunque no novel autor santurtziarra Alain Martín Molina. Espero que su lectura sea de vuestro agrado.

KULTURA ETA EUSKARA ZINEGOTZIA
Danel Bringas Egilior

LA SENSACIÓN DE ANA

Cuando el sol entró por las rendijas de la persiana aquella mañana iluminó con una tenue luz la habitación en penumbras. Era un nuevo día, era una nueva vida. Como si estuviese hecho adrede, uno de los hilos de luz que penetraban como un ladrón por la ventana, iluminó directamente la cara de Ana. Ella se retorció perezosa entre las sábanas dando la espalda a la claridad y trató de quedarse dormida, intentando recuperar el sueño que tenía pero que ya se había esfumado. Con la sensación de malestar que provoca el haber despertado de un sueño placentero que sabes que nunca podrás recuperar, comenzó a incorporarse en la cama.

Era un lunes. Era el primer lunes de vacaciones después de un año duro, que se había hecho eterno pero que ahora veía como una exhalación. Atrás quedaron los madrugones, las reuniones con el equipo de trabajo, las prisas, las noches en vela acabando lo que se debe entregar el día siguiente. Ahora reinaba la paz en sus días de los próximos dos meses, y eso la encantaba. Sin embargo, la sensación estaba ahí. Esa sensación que tuvo una mañana como esa cuando ella tenía catorce años. Entonces también fue un lunes. Muchas cosas habían cambiado en su vida desde

entonces, pero se sorprendió al ver que la sensación (que ella llamaba “el hormiguelo”) seguía ahí, en su estómago. Bueno, entre el estómago y el pecho. No se pasaba comiendo, ni bebiendo, ni descansando. No le dolía, sólo le incomodaba. Y todos los años le pasaba en la misma fecha. Exactamente cuando no tenía nada que hacer.

“Cuando las personas no tienen nada que hacer se ponen a pensar en sus vidas. Por eso la gente tiene un gran interés en mantenerse ocupada”, le dijo un amigo suyo que tenía una cicatriz en la frente en una ocasión. Y ella creía que tenía razón. Le pasaba cuando se le acababan los cursos, los trabajos o las ocupaciones mentales. Supongo que por todo aquello, Ana se decidió a ir donde Ágatha. Le habían hablado de aquella señora muy bien y, aunque ella no creía en esas cosas, se decidió a ir.

Ágatha era una vieja que se dedicaba a pasear por la urbanización a su perro blanco con pelo como el algodón. Siempre iba muy maquillada, preparada como para ir a misa, con muchas joyas y siempre sonriendo. Supongo que pensar que era una bruja era imposible ya que su aspecto se asemejaba más al de una marquesa. Cuando sonó el timbre de su casa, Ágatha corrió a abrir. Le encantaba tener visitas porque le encantaba hablar con todo el mundo y rara era la ocasión en la que no había nadie en su casa sentado en el salón alrededor de una taza de café. En esa ocasión estaba sola.

Cuando se encontró con Ana en el umbral de la puerta de su chalé adosado, la sonrió y la hizo pasar encantada de tener a una chica joven para charlar aquella tarde. Los poderes de Ágatha eran más un desarrollo extraordinario de la intuición que correspondencia con fuerzas de otro mundo. Pero eran igualmente útiles. Gracias a ese don o cualidad desarrollada no dudó en saber las intenciones de la joven.

–Pasa y siéntate. Voy a por la baraja.

–¿A por la baraja? –dijo automáticamente Ana.

–Sí, ¿no has venido a que te lea las cartas? –preguntó la vieja segura de que así era.

–Sí. –Y Ana miró al suelo como avergonzada de estar allí haciendo cosas que ella siempre había tildado de farsa o de locura de gente desesperada.

Cuando se sentó en la mesa de tapete rojo del salón, Ágatha la miró fijamente a los ojos.

–No estás bien y no sabes lo que te pasa. No necesito las cartas para saber eso. Basta con observar a las personas más allá de su piel para darse cuenta de ello. Yo llevo haciéndolo toda mi vida. Las cartas son una herramienta, pero lo realmente importante de una persona se sabe en cuanto mis pupilas penetran en las suyas. Ni el mejor actor puede actuar con las pupilas. Yo ya he visto en ti lo que has venido a saber

–Pues dígame algo si es así –dijo Ana incrédula y con voz apagada.

–Nadie puede ayudarte a que desaparezca tu hormigueo. Es algo que le suele pasar a ciertas personas en todos los lugares del mundo. Suele durar mucho tiempo, incluso toda la vida. Nadie sabe cómo curarlo, pero sí te puedo decir que se cura. Sin embargo, la receta que le sirve a una persona no sirve para ninguna otra. Cada uno tiene que descubrir el antídoto para su propio hormigueo.

–No sé de qué se trata, no tengo ni idea. He pensado en ello y no doy con la solución.

–Ahí te equivocas –dijo la vieja sonriendo a la vez que negaba lentamente con la cabeza gacha–. Sabes de sobra lo que te pasa pero aún no te

has atrevido a decírtelo a ti misma. Cuando lo hagas, sabrás la solución y lo aplicarás.

Al salir de casa de la vieja Ágatha, empezó a llover. Ana siempre ha odiado la lluvia de verano. Se mezcla un agua que cae del cielo con furia con el polvo del suelo y produce ese olor a humedad, a polvo mojado, esa asfixia del ambiente en el que estás sudando mientras llueve. Era, probablemente, lo que más ha odiado desde niña. Llegó empapada a casa. Se tumbó en el sofá y se puso una comedia en el vídeo. Estaba sola esa noche en casa. Annie Hall aparecía en la pantalla de la televisión contando las desventuras que el bueno de Woddy Allen y ella pasaban. Ana a veces sonreía, y a veces se entristecía. Y pensó que la vida era como esa película, donde hay un poco de todo.

Al día siguiente el hormigueo era tan intenso como en las peores ocasiones. Esa sensación de constante desasosiego, de falta de plenitud, de faltarle algo. En una palabra: incompleta. Ana se sentía incompleta. En esa ocasión volvió a recordar a su amigo de la cicatriz en la frente que le dijo en mitad de una reunión que “el objetivo de la vida es una vida de objetivos; el día que no tengamos un objetivo será el día en que muramos”. Y ella sabía que se refería a morir por dentro. Y pensó en todas las personas muertas que hay paseando por la calle o en el metro. Están muertas por dentro, aunque estén ágiles, musculosos o sonrientes. No tienen algo por lo que luchar y han caído en una rutina que no les conduce a ningún sitio.

Ana no quería estar muerta. Ella quería vivir. Vivir por dentro y por fuera. Y cuando se paraba a pensar si en los veinticuatro años que tenía había vivido le entraban serias dudas al respecto. De lo que estaba muy segura era que ese cosquilleo la estaba matando por dentro desde

hacía muchos años, aunque sólo se manifestase cuando no tenía nada que hacer.

Aquella tarde, cuando el sol hubo caído un poco y el calor podríamos decir que era más llevadero, salió a correr. Hacía tiempo que no practicaba deporte y la pereza se debe combatir con mano dura (como ella decía). Corriendo por las avenidas de la urbanización desierta en aquella época en la que la gente se aglomera en las costas, empezó a creer que su hormigueo sería de los que no se curan nunca. Lo mejor era acostumbrarse a vivir con él. La lluvia de verano volvió a empezar y Ana se enfureció contra los elementos. Rayos y truenos contestaron al enfado de Ana y sus maldiciones eran correspondidas con más agua que caía sobre ella.

En ese momento recordó lo que le pasó en una ocasión con su amigo de la cicatriz. Iban a una fiesta elegantemente vestidos y empezó a llover como si de una tempestad se tratase. No había donde guarecerse y Ana se enfureció al ver que su vestido estaba mojándose y su maquillaje estropeado. Su amigo le dijo que llega un momento en el que se está tan mojado que no se puede estar más y te deja de importar que llueva. Como la cara de Ana mostró que la respuesta no le complació éste añadió: “Y piensa que no llueve eternamente”.

Así que en vez de correr, comenzó a andar. Fue dando un paseo bajo un cielo encapotado, calándose hasta los huesos pero con un aire de conformismo. “Bueno, por lo menos no me llevo esos disgustos por la lluvia” pensó para sí. Y no pudo dejar de recordar a su amigo y pensar que estaría muy orgulloso de ella en esa situación. Llegó a casa tan empapada como el día anterior pero con mejor humor.

No le apetecía nada ir esa noche a la fiesta. Era viernes por la noche y su primera semana de descanso no lo había sido tal. Ir a una fiesta suponía

trasmochar y estar alegre, pero su hormigueo no cesaba y ya le hacía hasta daño. No obstante, optó por ir. No era muy lejos. Una de esas casas de dos pisos donde la música inunda todas las habitaciones plagadas de gente con un vaso en la mano y chicos merodeando con chicas. Decidió que estaría un poco y se iría.

Entonces le vio. Se quedó allí quieta como nunca se había quedado. Se hizo luz, se hizo silencio. Vio a un chico que no destacaba sobre los demás pero que para ella fue el más destacado. Estaba solo, con un vaso en la mano y mirando unas fotografías de la pared. Ana se acercó. Nadie sabe lo que se dijeron, ni de lo que hablaron. Estuvieron allí un montón de tiempo. A veces simplemente permanecían callados, mirándose a los ojos, sin articular palabra, durante varios minutos.

Cuando salieron a la calle, él ya llevaba a Ana de la mano. Y a diferencia de otras ocasiones a ella no le importó. Era como si le conociese de toda la vida, como si fuesen inseparables y sólo hacía unas horas que se habían visto por primera vez.

Caminaron por las calles desérticas de la urbanización. Hablaron de todos los temas del mundo y cuando Ana miraba su mano, había veces que no sabía dónde empezaba la suya y terminaba la de él. En un momento determinado, él se detuvo. La miró fijamente a los ojos y la rodeó con sus brazos. Una vez había oído que los chicos que rodean a la chica con sus brazos cuando la besan es porque no quieren que se vaya nunca, y la agarran simbólicamente por ese motivo. Sus brazos rodeaban la cintura de Ana y ella recordó unas palabras de su amigo de la cicatriz: “El más difícil de dar no es el primer beso, sino el último”.

Cuando los labios de Ana sintieron el tacto de los de él comenzó a llover. Era esa maldita lluvia de verano de las últimas noches que tanto

incordiaba a Ana. Sin embargo, ninguno de los dos despegó los labios, ninguno de los dos se movió. Estuvieron allí, quietos, besándose con un beso eterno mientras la lluvia caía fuerte sobre ellos y el olor del polvo de la acera les llegaba con violencia.

Desde aquel momento, Ana nunca más volvió a sentir el hormigueo del estómago y comprendió qué era lo que lo motivaba. Ella lo supo desde siempre pero nunca se atrevió a decírselo a sí misma. Lo que nadie sabe es que Ana no sólo dejó de odiar la lluvia de verano, sino que ahora siempre que llueve y está sola en casa se emociona. Y no puede evitar salir a la calle a pasear debajo del chaparrón de agua y sentir cómo toda su ropa se empapa, cómo las gotas caen por sus mejillas, por su nariz, molestandole en los ojos. Pero lo hace mirando al cielo y cerrando los ojos para sentir las gotas cayendo sobre su cara. Da largos paseos bajo la lluvia y no puede evitar acordarse de su amigo de la cicatriz sabiendo que estará muy orgulloso de ella viendo cómo se moja bajo una lluvia que nunca dura eternamente.

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Esta historia, al igual que todas las historias, tiene tanto de verdad como de mentira. Y ahora que me dispongo a escribirla me doy cuenta que las aventuras que le suceden a nuestro personaje pueden sucederle a cualquiera. Para que esto pueda ser creíble es necesaria un poco de imaginación. El personaje soy yo y lo que voy a escribir es tan cierto como cualquiera de los sueños que podamos tener cualquier noche.

Las doce marcaba el reloj de la sala, cuando rendido de sueño la luz apagué. Al instante oí una voz que me llamaba y aparecióseme un ente, una nebulosa que me transmitió serenidad y yo me quedé allí, quieto en mi cama. Mi cuerpo parecía que estaba volando y me encontré sentado en el sillón de un acogedor salón. Reaccioné extrañamente, no sentía miedo ni nervios y me dediqué a observar todos los detalles. Era un salón pequeño, con una chimenea encendida con unas tímidas brasas, una espesa alfombra roja y las paredes, de piedra, no mostraban ni puertas ni ventanas. Unos enormes lienzos colgaban de las dos paredes de los lados y en la pared que estaba frente a mí se podía leer la frase en latín: “Sapientia aurum melior est”. Fui capaz de traducir: “La sabiduría es mejor que el oro”. Bajo esa pared había dos sillones vacíos.

–Buenas –dijo una voz a mi derecha.

Giré mi cabeza y encontré a un joven. Era alto, guapo, rubio, con unos pequeños ojos azules y una sonrisa blanquísima. Vestía enteramente de negro. Anduvo hasta la pared del fondo y se sentó en el sillón de la derecha. Al instante otra voz saludó a mi izquierda. Dirigí hacia allí la vista y vi a un hombre viejo, con espesa barba blanca que le caía hasta el pecho y el pelo cano que le cubría los hombros. Se sentó en el sillón de la izquierda junto al personaje anterior. Yo permanecí callado, a la escucha de lo que me tuviesen que decir. Y el anciano apenas tardó unos segundos en comenzar a hablar.

–No te creas especial por lo que te va a suceder. Has sido escogido simplemente al azar, no eres ni más ni menos que cualquier otro ser humano. No ha importado tu raza, tu credo, tu edad, tu sexo o todo lo que hayas hecho en tu vida. Sólo has sido escogido al azar. Ha sido una casualidad. Bien, esto me gustaría que quedase claro.

–Hablándote con franqueza amigo –dijo el joven–, yo diría que te has metido en un buen lío.

Yo permanecía quieto, sin decir nada y prestando la máxima atención a todo lo que me decían. Tenían cien mil preguntas que hacerles, como que me explicasen quiénes eran, cómo había llegado yo allí o si estaba soñando. Pero algo en el ambiente me invitaba a guardar silencio y escuchar con atención.

–Te lo voy a decir sin tapujos, claro y conciso. Sé que será increíble para ti, pero debes comprender la seriedad de la situación. ¿Estás dispuesto a prestar atención a lo que te voy a explicar? –preguntó el anciano que no dejaba de frotarse las manos una contra otra como dándose un masaje. Estaba nervioso.

–Sí, pero quisiera que me explicaran cómo he... –Al ver el gesto de sus caras supe que debía callar.

–Bien, prepárate para la misión de tu vida –comenzó el anciano–. Digamos a grandes rasgos que este señor de mi lado es la persona contraria a mí y que yo soy, digamos, algo como lo que llamáis Dios. La historia es que hace mucho tiempo este señor de aquí y yo decidimos hacer algo bueno, algo importante. La cuestión es que creamos el mundo, con los seres vivos y todo lo que conocéis. Pero discrepamos acerca de algo.

–¿De qué? –pregunté temiendo la respuesta.

–De vosotros, los seres humanos. Sin embargo, para no discutir hicimos un trato. Decidimos que os crearíamos; yo deseaba hacerlo pero él no. Así que acordamos que se os daría la oportunidad de darle la razón a él o dármele a mí. Llegado el momento vimos la hora de juzgaros, pero de nuevo no nos poníamos de acuerdo.

–¿Con respecto a qué? –dije interesado por la apasionante historia que el anciano contaba con una voz profunda que calaba hasta el último rincón de mi cuerpo.

–No sabíamos si tras entrados en el siglo XXI debíamos dejaros vivir o, por el contrario, seleccionaros para vuestra extinción.

–Y aquí es donde entras tú –habló el joven–. Como la imparcialidad estaba imposible, ya que él quiere manteneros a toda costa y yo eliminaros cueste lo que cueste, decidimos tomar a un ser humano y que demuestre él si merece o no la pena permitiros continuar con vuestra existencia. Esto va a ser un gran juicio, se va a juzgar a la raza humana y tú deberás inclinarte bien por su destrucción, bien por su salvación.

Nosotros te intentaremos demostrar una cosa u otra y de ti depende la resolución final. No puedes hacer otra cosa, es un deber que va más allá de tu voluntad, no puedes negarte, no te damos esa opción.

–Bien, chico, ¿estás preparado? –Dijo el anciano–. Dime, ¿por qué deberíamos dejar vivir a la raza humana?

–Pues, pues... por las cosas buenas que ha hecho –respondí con titubeo.

–Especifica –dijeron ambos.

–Las buenas acciones, los buenos sentimientos, las personas...

–Especifica –recalaron con más fuerza.

–¿Qué sé yo? Las buenas personas que han hecho cosas por la humanidad –dije pensando que sería una buena baza para jugar.

–¿Te refieres a Hitler? –dijo el joven de negro con una seriedad increíble. Ya veía por donde iba el juicio. Tenían auténticas ganas de destruir a los seres humanos. Entonces me di cuenta que de mí dependía el futuro de la humanidad. Debía ser rápido, fuerte, mentalmente poderoso, retórico y sagaz.

–No, no me refiero a Hitler –grité.

–Lo decía porque es un buen motivo para destruir a la humanidad –Y el joven sonrió tanto que me vi reflejado en la blancura de sus dientes.

–Me estoy refiriendo a otros.

–A Pol-Pot, a los nazis, al creador de la bomba atómica...

–No, a Luther King, a Malcon X, a Gandhi, a Teresa de Calcuta...

–Bueno, ¿qué me dices de las guerras mundiales? Millones de inocentes muertos. Dime un motivo, sólo un motivo, para dejaros vivir y lo haré.
–gritó el joven.

–Pues te daré muchos: el amor, la amistad, la familia, la risa, los besos, los niños...

–Espera, espera. Yo también te quiero dar otros –dijo el joven sonriente–.

–El terrorismo, los asesinatos, las bombas, la tortura, los campos de exterminio, las cámaras de gas, las drogas, la violencia, la venganza, los malos tratos, los suicidios, los integristas...

–La inocencia de los niños.

–Los pederastas.

–La risa.

–El llanto.

–Los amigos.

–Las traiciones.

–Bueno, ¿y qué esperas? Somos personas, ¿sabes? Tenemos nuestros defectos como todo el mundo, pero en el fondo somos buenos. Tenemos la posibilidad de hacer las cosas bien o mal, pero cada vez es más difícil saber cuál es el camino correcto. O mejor dicho, yo siempre que en mi vida he llegado a una encrucijada he sabido cuál era el camino correcto. Siempre lo he sabido, sin excepción. Pero nunca lo he tomado porque era terriblemente duro.

–Siempre sabemos cuando estamos en el camino correcto porque siempre es cuesta arriba –dijo el anciano.

–¡Y vosotros también tendréis algo de culpa! Vosotros nos creasteis así, imperfectos. Ahora nos echáis la culpa a nosotros cuando sólo somos producto de una idea vuestra–. Poco a poco me encolerizaba y mi cabeza pensaba a gran velocidad mientras veía que no lo iba a conseguir.

–Por eso os concedimos el libre albedrío –dijo el joven –para lavarnos las manos si fracasabais.

–El libre albedrío es tan poderoso como virtud que como defecto. –dijo el anciano con solemnidad, que seguía frotándose las manos con suaves friegas.

–La libertad. Ahí tenéis el motivo más importante por el que merece la pena dejarnos con vida. Somos libre potencialmente para hacer lo que queramos. Podemos matar o dejar vivir, podemos caminar desnudos o no hacerlo, podemos reír cuando queramos, podemos ser como deseemos. Libertad para elegir, libertad para decir no, libertad para despertar cada mañana y pensar que va a ser un buen día. Libertad para pensar lo que queramos sin rendir cuentas a nadie, libertad para acabar con nuestra vida si lo deseamos, para vivir donde queramos. Libertad.

–Sí, sí. Pero usáis la libertad que os concedimos sólo para el mal. Desaprovecháis ese potencial del que hablas y lo dirigís hacia la destrucción. No tenéis cura para el SIDA, pero fabricáis misiles de destrucción masiva; no podéis evitar que gente muera de hambre, pero podéis llegar a Marte; no podéis evitar las guerras, pero sois capaces de llevar a cabo la clonación–. Se puso muy serio el joven de negro y sus ojos azules se volvían mojados a medida que hablaba. Cuando acabó de decir esto sus ojos estaban completamente encharcados en lágrimas de desolación y tristeza.

—Una persona buena no es la que hace el bien, sino la que pudiendo hacer el mal opta por no hacerlo—. Volvió a sentenciar el anciano, que parecía más viejo que nunca.

Entonces comprendí todo. El anciano representaba las cosas buenas de los hombres y el joven las cosas malas. Por eso, el que representaba las cosas buenas era viejo, cansado y débil en sus movimientos porque cada vez lo que representaba era menos. Por su parte el joven, que representaba las cosas malas de los hombres siempre se mantenía vivo, ágil, enérgico, joven y fresco, porque estaba constantemente nutriéndose de las cosas malas de los hombres. Las cosas buenas habían envejecido formando parte del pasado y las cosas malas se mantenían jóvenes regenerándose a cada momento.

En aquel momento supe que él tenía razón. Efectivamente habíamos logrado muchas cosas buenas gracias a las virtudes que nos habían sido concedidas; sin embargo, las cosas malas que habíamos hecho eran más fuertes que las cosas buenas, eran más poderosas, más terribles, tenían más profundidad. Nadie se acuerda de la persona que inventó la medicina contra la gripe y salvó así a miles de personas, pero todos se acuerdan de las personas que hicieron posible los genocidios en distintos lugares y diferentes momentos. En ese momento en el que me sentía derrotado observé que el anciano estaba cabizbajo, se sabía perdedor de esta batalla. Yo no había sido capaz de darles el motivo que necesitaban para mantenernos con vida. Les había fallado a ambos. El joven de negro, que estaba sumido en una tristeza que reflejaban sus lágrimas, mostraba su pesar por haber ganado, porque en el fondo él también deseaba nuestro mantenimiento, ya que hay que recordar que la idea de crearnos fue de ambos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque sabía que se había dictado el final de la humanidad. No quedaba ya nada que decir para salvar lo insalvable. Mi mirada desorbitada vio a los dos hombres hacerse una señal que supe que significaba el fin acordado por las dos partes. Entonces, mis ojos lacrimosos leyeron la inscripción de la pared: “La sabiduría es mejor que el oro”. Y se me ocurrió.

–Esperad, esperad. Ya lo tengo. La esperanza. La esperanza es el motivo por el cual no debemos ser destruidos–. Había conseguido captar la atención de ambos–. La esperanza es la confianza de lograr una cosa, de realizar nuestros deseos, nuestras ilusiones. La esperanza nos da ilusión todos los días para seguir adelante cuando nada nos parece importante. Todos tenemos esperanza en lograr lo que deseamos. Y ésa es la esencia de la que debe estar hecha la mente de las personas futuras. Esperanza en que el ser humano aprenda de sus errores, esperanza en que el futuro sea mejor que lo vivido; esperanza de crear un mundo donde no existan esas cosas que hemos dado como motivos para destruirnos; esperanza para pensar que mañana será diferente y que podemos progresar. Esperanza en que si dentro de otros dos mil años volvéis a tomar a un ser humano para llevar a cabo un nuevo juicio como éste, él lo tenga más fácil que yo para defender a la humanidad. Esperanza en que no tengáis que hacer otro juicio como éste para determinar nuestra salvación o destrucción; esperanza en que no os demos motivos para destruirnos, que no os demos motivos para que dudéis de nuestra existencia. Ese es el motivo: esperanza.

Los dos hombres recobraron una sonrisa extraña en su rostro. Asentían mientras se miraban entre sí y me observaban con satisfacción de haber elegido bien al ser humano que represente los intereses de su existencia. De repente sus lágrimas y las mías se secaron y se convirtieron en enormes sonrisas que iluminaron la habitación. Ellos se estrecharon la

mano con la satisfacción de saber que la idea que en su día tuvieron no fue tan mala, que su esfuerzo desembocó en unos seres imperfectos pero que tienen conciencia de que lo son y lucharán hasta el final porque esa imperfección disminuya poco a poco. El anciano se levantó suavemente de su sillón, se me acercó y clavando su mirada en mis pupilas me dijo:

–Gracias, porque nos has devuelto lo que habíamos perdido–. Se giró para mirar al joven de negro que permanecía sentado en su sillón con una extraña sonrisa de alegría trasnochada–. ¿Qué te parece si les damos otros dos mil años para que lo vuelvan a intentar, como una segunda oportunidad?–. El joven de negro asintió en silencio.

El final de esta historia es el ruido de mi despertador. Me levanté y supe que todo había sido un sueño, sólo un sueño. Fui al baño y al mirarme en el espejo vi que tenía toda la cara de marcas de lágrimas que habían caído por mi rostro. Era como si hubiese estado toda la noche llorando. De repente, esas lágrimas se convirtieron en enormes sonrisas que iluminaron la habitación.

ALAIN MARTÍN MOLINA

Santurtzin jaio zen 1980an. Politika-zientzietan lizentziatu zen Euskal Herriko Unibertsitatean 2002an eta Giza Baliabideetako masterra atera zuen Madrilgo CEUn 2004an. 2002an Gordexola Haraneko Ipuinen Lehiaketa irabazi zuen, 2008an Leioako Ipuin Laburren Lehiaketa eta Hera Argitaletxearen Kontakizun Laburren Lehiaketa 2009an. 2008an lehenengo eleberria argitaratu zuen “La búsqueda de Yannick” (Éride Argitaletxea). Kolaborazioak idatzi ditu Giza Baliabide gaiak lantzen dituen hainbat aldizkaritan, hala nola *Capital Humano* eta *Factor Humano*. 2005etik banku arloan dihardu lanean. Gaur egun Antropologia ikasketak egiten ari da UHUNen.

Santurtzi, 1980. Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad del País Vasco en 2002 y Máster en Recursos Humanos en el CEU de Madrid (2004). Ganador del Concurso de Cuentos Valle de Gordexola (2002), de Relatos Cortos de Leioa (2008) y de Relato Breve Hera Ediciones (2009). En 2008 publicó su primera novela, “La búsqueda de Yannick” (Éride Ediciones). Colaboraciones en revistas especializadas en Recursos Humanos como *Capital Humano* y *Factor Humano*. Desde 2005 trabaja en el sector de la banca. Actualmente estudia Antropología en la UNED.



SANTURTZIKO UDAL LIBURUTEGIA SAREA RED DE BIBLIOTECAS MUNICIPALES DE SANTURTZI

LIBURUTEGI NAGUSIA BIBLIOTECA CENTRAL

Plaza Juan José de Mendizábal, s/n
E-mail: biblioteca@santurtzi.net
Tfno.: 94 461 08 54 • Fax: 94 462 57 15

LAS VIÑASKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE LAS VIÑAS

C/ Bullón, 5
E-mail: bibliotecavinass@santurtzi.net
Tfno.: 94 483 73 33

KABIEZESKO HAUR LIBURUTEGIA BIBLIOTECA INFANTIL DE KABIEZES

Antonio Alzaga, 64
E-mail: biblioinfantilkabiezes@santurtzi.net
Tfno.: 94 483 82 32

KABIEZESKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE KABIEZES

Plaza de Kabiezes, s/n
E-mail: bibliotecakabiezes@santurtzi.net
Tfno.: 94 493 43 70

SAN JUANGO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE SAN JUAN

Juan Sebastián Elcano, 11-13
E-mail: bibliotecasanjuan@santurtzi.net
Tfno.: 94 462 85 85

<http://www.santurtzi.net/ocio.asp>

**SANTURTZIKO UDALA
AYUNTAMIENTO DE SANTURTZI
BIZKAIA**



**KULTURA ETA EUSKARA ARLOA
ÁREA DE CULTURA Y EUSKERA**